

## **Espacios colaborativos en sectores populares de Bogotá**

## **Espaços colaborativos em setores populares de Bogotá**

## **Collaborative spaces in popular sectors of Bogotá**

Edwin Muñoz Guerra\*

**Resumen:** Desde el surgimiento de la de cultura underground en los años 60, los espacios que se dedican al trabajo cultural han visto cómo sus dinámicas se vienen transformando para brindar una respuesta alternativa a los retos que plantea la globalización y las nuevas tecnologías, que han abierto posibilidades para que las comunidades asuman un rol mucho más activo en los procesos creativos y en sus propios desarrollos económicos. Los centros culturales han adoptado dinámicas orientadas a la promoción del sentido cooperativo y han encontrado en ello, elementos importantes de cohesión que fortalecen los procesos de reconstrucción de tejido social.

**Palabras-claves:** Desarrollo cultural; centros culturales; sectores populares; desarrollo comunitario; trabajo colaborativo; tejido social.

**Abstract:** Since the emergence of underground culture in the 1960s, spaces dedicated to cultural work have seen how their dynamics have been transformed to provide an alternative response to the challenges posed by globalization and new technologies, which have opened possibilities so that communities assume a much more active role in creative processes and in their own economic developments. Cultural centers have adopted dynamics aimed at promoting a cooperative sense and have found in this, important elements of cohesion that strengthen the processes of reconstruction of the social fabric.

**Keywords:** Cultural development; cultural centers; popular sectors; community development; collaborative work; social fabric.

## **A modo de contexto**

El Ministerio de Cultura de Colombia en su informe de gestión del año 2015, define la infraestructura cultural de la nación en casas de la cultura, bibliotecas, salas de cine, escuelas de formación artística, teatros, archivos, museos, centros culturales, malocas, auditorios y parques culturales, entre otros (Ministerio de Cultura, 2015). Definición que en cierto modo brinda una noción de aquello que se entiende como espacio cultural desde la visión de bien público, al margen de aquella categorización que se pueda realizar de aquellos espacios que se construyen a partir de iniciativas de la sociedad civil, pero que complementan y en muchos casos, suplen la ausencia de la inversión pública en determinadas zonas y que por tanto dificultan el desarrollo cultural de las comunidades y el acceso al arte, la ciencia y la tecnología.

En el “Proyecto de Inversión de Construcción de Escenarios y Territorios Culturales Adecuados y Próximos para la Diversidad y la Convivencia”, la Secretaría Distrital de Cultura Recreación y Deporte de Bogotá, presentó en 2011, un estado del arte de la infraestructura cultural, y en este, se indica que se encuentra concentrada en zonas claramente definidas de la ciudad y muestra como aquellas localidades más densamente pobladas (Kennedy, Bosa, Rafael Uribe Uribe, Engativá, Antonio Nariño, Barrios Unidos, Tunjuelito, Los Mártires y Puente Aranda), que incluso representan el 50% de la población total de la ciudad, solo cuentan con un 16% de la infraestructura. Cuatro de las 20 localidades, las más céntricas de la ciudad, concentran el 61% de la infraestructura (SDCRD, 2011), lo cual permite entrever que el desarrollo de la infraestructura cultural no se ha planificado para responder a las necesidades culturales de sus habitantes, sino como un elemento de desarrollo económico desde de la dotación de espacios con atractivo turístico y/o de entretenimiento. Este claro desbalance y centralización en la inversión en infraestructura, ha generado marginalidad en la ciudad, llevando a que la mayor parte de sus habitantes vean reducidas sus oportunidades para acceder a las expresiones culturales.

El Plan Maestro de Equipamientos Culturales del gobierno de la ciudad en 2006, establece como un marco político para su gestión, el desarrollo de una mayor infraestructura dedicada a cultura, desde una concepción de espacios para el encuentro intercultural, democrático y cosmopolita, en continua transformación. Este Plan cuya vigencia finaliza en

2019, buscaba además identificar, fortalecer y cualificar los espacios, edificaciones, dotaciones y rutas ya existentes para la construcción de proyectos culturales colectivos, que vincularan las iniciativas privadas con las públicas desde la conformación de una Red de Infraestructura Territorial Cultural. La puesta en marcha de esta Red suponía un mayor acceso a la oferta cultural de la ciudad y en una mayor atención a las demandas culturales de las comunidades, así como en la diversificación y cualificación de los procesos en las diferentes áreas culturales y artísticas. Desafortunadamente el plan, no logró desarrollar las metas propuestas en el periodo de tiempo establecido, y la implementación de varias de las actividades propuestas fue muy sutil generando un impacto muy bajo. Esa articulación entre lo público y lo privado aún sigue siendo tema de debate. En 2018 el gobierno invirtió aproximadamente el 0,6% del presupuesto destinado a cultura en proyectos orientados a fortalecer la integración entre el arte, la cultura científica, la tecnología y la ciudad. El presupuesto asignado para cultura para el 2018 fue del 3% del presupuesto de la ciudad, lo cual muestra que pese a los esfuerzos y al interés de los gobiernos en mejorar la infraestructura, prevalece la solución a otras problemáticas.

### **Apertura de espacios culturales alternativos**

La ciudad, según la información recuperada del portal de datos abiertos (Ministerio de TIC, 2020) cuenta actualmente con cerca de 100 centros culturales, que incluyen espacios de origen privado como público. Dato que genera algunas inquietudes ya que teniendo en cuenta la información recolectada en la caracterización realizada por BiblioRed (2015), la ciudad cuenta con 163 bibliotecas comunitarias. Esta diferencia en cifras, muestra dos situaciones, por un lado, una baja capacidad de la administración pública para identificar los espacios culturales de una manera eficiente y amplia, particularmente aquellos que son abiertos a partir de iniciativas de la sociedad civil, y por otro, que existe una dinámica de apertura y cierre de espacios culturales bastante activa.

Las comunidades conforman espacios para el encuentro de manera natural, es un comportamiento social innato. Reunirse alrededor de actividades artísticas, religiosas, políticas, sociales, deportivas, entre tantas otras, habla de la necesidad de juntarnos alrededor de alguna afinidad. Los centros culturales corresponden a espacios donde las comunidades

se reúnen alrededor de la actividad cultural, con lo cual se hace indispensable establecer un concepto de cultura, para lograr describirlos. Marvin Harris en su libro *Antropología Cultural* (1990, p.?) define la cultura como “ese todo complejo que comprende conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en tanto que miembro de la sociedad”. De modo que, apoyados en esta definición, es viable indicar que un centro cultural es un espacio donde las comunidades se encuentran para compartir conocimientos, creencias, arte, costumbres y muchas más actividades propias de las mismas.

En esta dinámica del “encuentro” empiezan a aparecer conceptos que se le vinculan, como por ejemplo desde la actividad de la creación teatral “La creación colectiva”, que como lo indica Eduardo Márceles (1977, p. 92), surge en Colombia “como una necesidad de buscar temas entre los dramas cotidianos e históricos que determinan nuestra nacionalidad y de encontrar soluciones frescas a los problemas de montaje de cara a un nuevo público que emerge del proletariado y de las capas medias del país (...)” donde la audiencia (comunidad) se vincula “proponiendo rectificaciones y cambios de enfoque en el texto y montaje de la obra.” La creación colectiva es entonces, una forma de encuentro comunitario bajo el pretexto de la creación teatral. Sin una comunidad de actores y públicos, la creación colectiva, puesta en escena en Colombia por el TEC (Teatro Experimental de Cali) en los años 60, no hubiese tenido sentido. La noción de un teatro, desde la dramaturgia y la puesta en escena desarrollado de manera colectiva y colaborativa, nos lleva a pensar en la necesidad de conformar espacios comunitarios para la creación, en un paso que va, de ese desarrollo personal al desarrollo comunitario y social (GARCÍA-RUIZ & LENA ACEBO, 2017) que de hecho ha propiciado una evolución de los estilos de innovación basados en la interconexión social.

Esa evolución del centro cultural para acceder, aprender y compartir de expresiones artísticas desde múltiples conocimientos y saberes, parece no escapar de la necesaria evolución que implica esa interconexión social quizá suscitada por el internet, por esos nuevos entramados sociales que se desarrollan más allá de la presencialidad y que incluso, acercan a las comunidades a nuevas y diversas formas de acceder a la información. Los centros culturales, por tanto, se encuentran en proceso de transformación, ya no solo como espacios para “acceder a” sino que además, estas nuevas dinámicas los conducen a asumir

un rol más activo en términos de la creación y del acceso a la cultura, cercano al “Do It Yourself (DIY)” o “Hazlo Tú Mismo (HTM)” surgidos en los albores del nacimiento del movimiento de Cultura Underground de los años 60, como alternativa a la creación *mainstream*, en donde son las comunidades quienes asumen la promoción y producción de productos de consumo cultural. Hoy día esta dinámica, gracias a los medios digitales y el internet, han puesto en jaque a las grandes industrias y particularmente a los intermediarios. Blogs y podcast son las nuevas versiones de los fanzines y de las radios libres surgidas en los años 60.

Hoy los centros culturales abren sus puertas considerando estas nuevas formas de hacer. Sus retos aun siguen relacionados al alcanzar el punto de quiebre en la sostenibilidad, pero ahora vinculado a otros retos que tienen que ver con ese cambio del paradigma de una oferta unidireccional de bienes y servicios culturales, a ese paradigma de la construcción entre todos, de la creación colectiva de la que tanto nos quiso hablar Enrique Buenaventura desde el teatro, donde toda la comunidad se vincula al desarrollo y sostenibilidad del centro cultural de forma colaborativa. Es un paradigma que implica nuevas formas de hacer, que van de ese “Hazlo Tú Mismo (DIY)” a un “Hagámoslo Juntos”. Se trata de espacios donde las comunidades se encuentran ya no solo para intercambiar *conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres entre otros*, sino también para crear conocimientos, crear arte, para acercarnos a la ciencia y la tecnología y por este camino, aprender sobre nosotros mismos, sobre los modos en los que somos comunidad y así arar un terreno propicio para el desarrollo multidimensional.

### **Construyendo comunidades desde la colaboración**

Weber (1964) define la dinámica comunitaria (colectiva) desde la individualidad, y en particular desde los vínculos afectivos que existen o incluso con las mismas tradiciones, con una finalidad determinada orientada a construir un todo. Apoyado en el punto de vista de Weber, sería válido indicar que, para lograr construir una comunidad, es indispensable iniciar un trabajo con sus individuos, para dotarlos de un sentido y unos intereses comunes que los conduzcan, por un lado, a reconocer esos lazos emocionales, afectivos y/o

tradicionales que los vinculan, y que por otro, conduzcan a la construcción de acciones concretas.

Este comportamiento de comunión bajo un determinado fin, implica un sentido de cooperación, es decir, de ese comportamiento en el cual se requiere colaborar con otros para alcanzar un interés común o la esperanza de una recompensa (MERINO HERNÁNDEZ, 2010). Estos vínculos de cooperación son tan antiguos como la civilización misma, pues el hombre en su sentido social más básico cooperó con otros para organizar cultivos y construir drenajes. Los Incas, por ejemplo, mantenían una figura social denominada Ayllu (CHOQUE, SÁNCHEZ BOTERO, TITUAÑA, & LÓPEZ, 2000), que era definida como el conjunto de descendientes de un antepasado común, real o supuesto, que trabajan la tierra en forma colectiva y con un espíritu solidario. Es así como, nuestro sentido social está dado por un sentido de comunidad, bajo un vínculo cooperativo, que nos permite llevar a cabo determinados objetivos de manera colectiva y bajo un sentido solidario.

Sin embargo, conformar comunidades resulta ser un proceso frágil que alude a las dinámicas de organización territorial y que conllevan al desarrollo de sociedades al margen en sectores incluso restringidos. En este sentido, Silvia Grinberg, Ricardo Gutiérrez y Luciano Mantiñan, en su trabajo titulado “La comunidad fragmentada” (2012) procuran aportar elementos para la comprensión de las complejas dinámicas que se presentan en territorios urbanos hiperdegradados, dados por determinaciones gubernamentales o incluso por el mismo abandono, y las consecuentes dinámicas de empoderamiento comunitario. Ellos, citando a Osborne & Rose (1999), plantean como las ciudades contemporáneas son visualizadas como lugares de distribución de riesgos en los cuales quedan delimitadas las “zonas a evitar” (*no-go zones*). En estas zonas a evitar, la revitalización de la ciudadanía urbana es puesta en jaque y entra en tensión con la lógica del empoderamiento, (...) los vínculos entre ciudadanía y comunidad se vuelven contra sí mismos, y todo aquello que conectaría a los individuos en las redes de inclusión, produce en cambio una retroalimentación negativa: la vida familiar, la solidaridad de bienestar y la educación pública, son vistos como máquinas para la desconexión, más que para la conexión.

Generar espacios culturales, tienen este sentido, el reto enorme de reestablecer estas conexiones comunitarias, de reestablecer vínculos en todo sentido entre los individuos que la componen. De reconectar a las personas con ese sentido emotivo de sentirse parte de, y

que constituye en sí mismo, el ingrediente fundamental para establecer sentidos de cooperación.

### **Bosa, una localidad desconectada**

La localidad de Bosa, se encuentra ubicada en el extremo suroccidental de la ciudad Bogotá, siendo en sus orígenes, uno de los sectores de asentamiento indígena en la sabana, y que tras varias intervenciones de infraestructura (construcción de un puente sobre el río Tunjuelito y la construcción de una estación del Ferrocarril de la Sabana) terminó por ser integrada al Distrito en el año de 1954. Pasó de ser un municipio de no más de 20.000 habitantes a una de las localidades más densamente pobladas con cerca de 650.000 habitantes. Crecimiento que incluso ha provocado que la frontera natural que existía con el municipio de Soacha (otro sector con alta densidad poblacional) con el paso de los años se fuera extinguiendo, tanto que hoy por hoy está en trámite una ley para establecer un área metropolitana que facilite dicha integración.

La pobreza es una de las mayores dificultades de esta zona de la ciudad. El 95% de la población vive en condiciones de pobreza (Departamento Administrativo de Planeación, 2004), por diversas razones, entre ellas porque es una de las zonas de mayor recepción de población desplazada de zonas rurales, bien sea en busca de oportunidades o por situaciones de violencia a causa del conflicto armado del país. Sus habitantes tienen serias necesidades de atención en educación y salud exacerbadas por una baja oferta de bienes y una mala calidad en servicios públicos.

Adicionalmente la localidad cuenta con difíciles condiciones urbanas de entorno (inseguridad y problemas de acceso), ambientales (malos olores, generación y manejo inadecuado de basuras), entre otras.

Es indudable que el dotar a estos sectores de la ciudad, de una mayor y mejor oferta en servicios públicos de salud y educación, así como también de una mayor infraestructura pública, debe ser una de las mayores prioridades de la ciudad. En los últimos años, si bien la situación ha venido cambiando, no lo ha hecho con el ritmo que se desearía para atender las crecientes necesidades, lo cual hace que el déficit se mantenga y se haga difícil de superar.

Si bien establecer una mayor respuesta del estado a estas necesidades es evidente, también lo es el apoyo a los esfuerzos frágiles que las comunidades, ya segregadas, adelantan con iniciativas en cultura y en dinámicas de economía solidaria. Dicho apoyo, permitiría no solo que el estado pueda ponerse al corriente con la atención a necesidades de manera mucho más rápida, sino que además posibilitaría un mayor grado de autonomía de dichas comunidades para resolver problemáticas que están a su alcance. Una comunidad autónoma, con altos niveles de conexión entre sus miembros, puede permitir que se mejore las posibilidades de acceso al arte, al conocimiento en ciencia y tecnología, facilitando de este modo los esfuerzos que pueda desarrollar el gobierno local por mejorar las condiciones de educación, e incluso de prevención de problemáticas de salud pública.

Ejemplo de esto, se encuentra la experiencia del Instituto Cerros del Sur Ices (GIL GUZMÁN, 2013), un proyecto que nació en 1984 en el sector de Potosí en Ciudad Bolívar. Esta iniciativa comunitaria tiene clara intención de ejecutar un proceso de educación popular y por medio de éste, construir procesos de movilización y de empoderamiento popular. En sus inicios, se dedicó a tratar de dar solución a necesidades básicas como el acceso al agua, a la electricidad, al transporte y la salubridad, y luego de que lograran un mejor entorno, lograron avanzar de un mejor modo en el desarrollo de su misión fundante. Fue tal el impacto del trabajo del instituto en el territorio, que la comunidad misma evitó que la organización desapareciera luego del asesinato de su principal líder Evaristo Bernate. Hoy día, el proyecto Escuela-comunidad Instituto Cerros del Sur es motor de múltiples iniciativas comunitarias, como, por ejemplo, uno de los proyectos comunitarios más notables de la ciudad denominado La Potocine, que es la primera sala de cine comunitario, desarrollado por una organización comunitaria sin ánimo de lucro llamada Sueños Films Colombia, quien es además impulsora del festival internacional de Cine y Video Alternativo y Comunitario “Ojo al Sancocho”.

Por la misma época en la que se gestaba la experiencia de Ices, en los límites entre Bosa y Soacha se empezó a gestar una iniciativa cultural comunitaria denominada Fundación para la Investigación Teatral Kerigma, fundado por un grupo de habitantes convocados por actividades de pastoral y trabajo social, que armónicamente fue encontrando en la experiencia artístico - cultural la forma más apropiada de trabajo comunitario (ESPITIA, 2013). Kerigma, fue una de las primeras iniciativas comunitarias en Bosa, que impulsada por su trabajo comunitario, constituyeron un centro cultural dotado con una sala de teatro y salones de



ensayo con las condiciones técnicas necesarias para el desarrollo de uno de los encuentros culturales más importantes de la ciudad, “La muestra de arte popular”, el cual además de brindar acceso a expresiones artísticas de gran factura, permitía mostrar a la comunidad los procesos de formación que allí se gestaban. Además, Kerigma contaba con una biblioteca que superó por mucho tiempo el servicio y las colecciones de la biblioteca pública de la localidad, y de un telecentro, que brindaba acceso a la información vía internet a través de una iniciativa que se gestó en asocio con la ONG Colnodo, denominada Unidad de Información Barrial – UIB. Este centro cultural, que opero entre la década de los 80 y los 90, se constituyó en un importante referente que impulso el desarrollo local, así como sucedió con la experiencia de ICES.

### **De la oferta a la creación colaborativa**

Si bien como ya se ha dicho, el sentido de cooperativismo es natural de las relaciones sociales, pero requiere de ambientes propicios para que dicha dinámica se dé, es decir, requiere de espacios propicios para el encuentro, y no solo hablamos del encuentro físico sino del encuentro de afinidades, del reconocer similitudes en el otro, del compartir necesidades o gustos. Es aquí donde espacios, como por ejemplo aquellos que giran alrededor de las prácticas culturales, se hacen propicios para el encuentro, pues es en estos donde se gestan dinámicas particulares de “común-uniión” alrededor de una actividad específica, que satisface determinados intereses o necesidades.

Desde las creaciones colectivas exploradas por el TEC y el Teatro La Candelaria en los 60’s y los 70’s y los espacios de exploración tecnológica como los C-Base de los 90’s en Alemania (ALONSO ARÉVALO & VÁZQUEZ VÁZQUEZ, 2018), comparten la misma base de trabajo en comunidad, que está relacionado con la necesidad de establecer vínculos alrededor de una actividad.

Uno de los espacios de encuentro por excelencia, han sido por muchos años las bibliotecas, ya que permiten el encuentro con otros a través de los libros y la información. Estos espacios gradualmente han venido trasformando su visión de encuentro, diversificando

mucho más la oferta de servicios y actividades hacia las dinámicas colectivas, hacia la exploración y la creación, como lo sugieren Alonso y Vásquez (2018, p.55):

Este cambio impactará en el espacio físico de la biblioteca y en las formas en como las personas interactúan y en los tipos de servicios que allí se presten. Se trataría de una manera nueva y distintiva de organización que ayude a desbloquear la innovación, a impulsar la colaboración, a desarrollar el talento y mejorar el rendimiento de la organización; centrándose en las competencias clave necesarias para el éxito de las personas en el mundo en constante cambio como el actual (...) la biblioteca como espacio físico cada vez será menos un lugar para que los ciudadanos lleven libros en préstamo y más un lugar donde los ciudadanos participen en construir sus identidades personales y colectivas.

Casa Raíz, un proyecto impulsado por la Corporación Cultural Teatro del Sur, es una iniciativa que tiene el propósito de habilitar un espacio de encuentro alternativo, apoyado en la noción de promover el desarrollo cultural a partir de las diversas maneras en las que la cultura se manifiesta (cultura desde las expresiones artísticas, cultura desde la tecnología, cultura desde la ciencia, entre otras formas de manifestación de la cultura). Casa Raíz, es un centro cultural que viene trabajando en la idea de consolidar dinámicas colaborativas entre diversos actores, que gradualmente se han vinculado al proyecto desde sus propios intereses y conocimientos. Músicos, bailarines, actores, ingenieros, profesores de diversas áreas, artesanos, artistas plásticos, comunicadores, entre otros, se han vinculado desde un sentido de cooperación reconociendo la necesidad de contar con espacio que les permita a cada uno de ellos, explorar en su saber y habilidad, con esa libertad que no es fácil de encontrar en las instituciones anquilosadas del estado, que restringen la exploración y que formalizan todos los procesos, y que tampoco se han logrado vincular con otros espacios que se promocionan como makerspaces, que en teoría deberían operar desde la dinámica comunitaria, pero que en su afán de emprendimiento han distorsionado su función y se han desarrollado como espacios netamente comerciales.

Desarrollar espacios alternativos desde el sentido de la innovación que impulsen la colaboración entre individuos, es justamente la base para desarrollar procesos comunitarios que aporten al desarrollo de las mismas, de una manera amplia. Los espacios culturales que otrora hicieron valiosos aportes habilitando espacios para que las comunidades se encontraran, pero desde una noción del acceso a las manifestaciones de la cultura,

gradualmente, han comprendido que la creación colaborativa son la base para generar otro estilo de dinámica social. Establecer espacios adaptables, que favorezcan el desarrollo de la curiosidad intelectual y del desarrollo del talento, a partir de un sentido organizativo orientado a generar empatía, a generar confianza para compartir, para inspirar a otros al cambio, donde es posible experimentar y donde fallar y cometer errores es válido y plausible. Un espacio que va más allá del acceso al recurso y de la contemplación de las creaciones de otros y que invita a crear, es justamente aquello que ha caracterizado estas transformaciones en las que se han visto envueltos los diferentes espacios culturales.

Esta nueva visión de centro cultural, implica por supuesto una nueva actitud y un nuevo rol de aquellos que se lanzan a liderar dichos procesos, que van desde el diseño de espacios colaborativos, la construcción de alianzas, la formación orientada a la creación, la curaduría de recursos y herramientas (tanto analógicos como digitales) y la preocupación por garantizar un acceso equitativo a recursos, tal y como lo indican Alonso y Vásquez (2018) al referirse al nuevo rol de los bibliotecarios. Los líderes de estos espacios, son arte y parte, ya que al mismo tiempo en que se preocupan por realizar las tareas ya enunciadas, se involucran también como participantes, pues asumen un rol de facilitadores que les da la libertad de explorar, experimentar y curiosear junto a los demás.

## Referencias

ALONSO ARÉVALO, J. & VÁZQUEZ VÁZQUEZ, M. Makerspaces: los espacios de fabricantes en bibliotecas. **DesiderataLAB**, p. 50-57, 2018.

CHOQUE, M. E., SÁNCHEZ BOTERO, E., TITUAÑA, A., & LÓPEZ, S. **Las sociedades interculturales: un desafío para el siglo XXI**. Quito: Editora Argudo Hermanos, 2000.

DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACIÓN. **Recorriendo Bosa: Diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D.C. Bogotá**: Secretaría de Hacienda, 2004.

ESPITIA, E. Kerigma una experiencia del carnaval en la ciudad. **Barranquilla**, p. 111-114, 2013.

GARCÍA-RUIZ, M. E., & LENA ACEBO, F. J. Cartografía de las Ecologías Colaborativas. **Universidad de Cantabria 402 Ei**, p. 97-106, 2017.

GIL GUZMÁN, M. **El desarrollo de disposiciones durables a la acción colectiva: Un estudio de caso sobre la Escuela Comunidad Instituto Cerro Del Sur (ICES)**. Québec: Université Laval, 2013.

GRINBERG, S., GUTIÉRREZ, R., & MANTIÑÁN, L. La Comunidad Fragmentada. **Espacios nueva serie** N° 7, p. 154-172, 2012.

HARRIS, M. **Antropología cultural**. Madrid: Harper & Row Publishers, Inc., 1990.

MÁRCELES DACONTE, E. El método de creación colectiva en el teatro colombiano. **Latin American Theatre Review**, p. 91-97, 1977.

MERINO HERNÁNDEZ, S. Los orígenes del cooperativismo moderno y el socialismo premarxista. **Revista Vasca de Economía Social**, p. 169-188, 2010.

MINISTERIO DE CULTURA. **Informe de gestión 2015**. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2015.

MINISTERIO DE TIC. **Datos abiertos**. Disponible en: [www.datos.gov.co](http://www.datos.gov.co). Acceso en: 15 de junio de 2020.

RED DISTRITAL DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS. **Caracterización de las Bibliotecas Comunitarias y Populares de Bogotá**. Bogotá: Secretaría Distrital de Cultura recreación y Deporte, 2015.

SDCRD. **Proyecto de Inversión Construcción de Escenarios y Territorios Culturales Adecuados y Próximos para la Diversidad y la Convivencia**. Bogotá: Secretaría Distrital de Cultura Recreación y Deporte, 2011.

SECRETARÍA DE PLANEACIÓN. **Informe Acuerdo 223 de 2006 "Por Medio del Cual se Establece un Mecanismo de Seguimiento a los Planes Maestros de Bogotá, D.C."**. Bogotá: Secretaría de Planeación, 2019.

WEBER, M. **Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva**. México: Fondo de Cultura Económica. 1964.